



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: De la amenedad a la trivialización de la historia nacional

Autor: Betancourt Mendieta, Alexander

Forma sugerida de citar: Betancourt, A. (2000). De la amenedad a la trivialización de la historia nacional. *Cuadernos Americanos*, 4(82), 11-21.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIV, Núm. 82, (julio-agosto de 2000).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

De la amenidad a la trivialización de la historia nacional

Por Alexander BETANCOURT MENDIETA
CCYDEL, Universidad Nacional Autónoma de México

Si la historia no recibiera el esfuerzo de la literatura—una vez que pasa de la etapa de la investigación a la etapa de la redacción—, nunca lograría ser cosa viva.

Alfonso Reyes

GERMÁN ARCINIEGAS fue un hombre que acompañó el siglo xx. Su vida coincidió temporalmente con la centuria, y su visión del mundo con algunos marcos ideológicos del país que le vio nacer. De él se ha escrito profusamente, como profusa fue su obra. Su talentosa pluma y su adscripción a los temas americanos le dieron la posibilidad de traspasar los límites nacionales. Sin duda, el asunto de América fue el que más ocupó su tiempo y sus escritos. Pero dentro de esa dinámica el motivo nacional le ofreció la posibilidad de elaborar un enfoque que lo hizo particularmente sensible a un objeto de estudio que mucho tiempo después, y bajo otros principios ideológicos, la historiografía contemporánea reconoce como la “historia desde abajo”, fomentada desde los años setenta por la cimera obra del historiador inglés Edward P. Thompson.

Las transformaciones que vivió Colombia en la época que Arciniegas comenzó a escribir sobre la historia nacional posibilitaron el asomo de cierta impresión social en los textos históricos que empezó a elucubrar el destacado escritor colombiano.

Una época de cambios profundos

Los años treinta y cuarenta fueron en Colombia el marco propicio de los enfrentamientos ideológicos que pugnaban por consolidar un proyecto político para el país. Estos encuentros y desencuentros de las facciones de los dos partidos predominantes, el conservador y el liberal, llevaron a que este último se viera a sí mismo como “la vanguardia del pueblo colombiano”. Los incipientes movimien-

tos políticos de izquierda se replegaron bajo el dominio liberal. Muchos de los dirigentes de izquierda provinieron de los grupos más radicales del Partido Liberal y su accionar político, especialmente del fugaz Partido Socialista en los años veinte, y el Partido Comunista durante los treinta, respaldaron abiertamente a la fracción liberal que encabezó el presidente Alfonso López Pumarejo, sobre todo en su primer mandato, 1934-1938.

Las características moderadas de los programas políticos liberales de 1935 y 1947 parecían radicales en el contexto conservador de la primera mitad del siglo xx colombiano. Esta “radicalidad moderada” tenía razones históricas. Desde los años ochenta del siglo xix, los militantes liberales sufrieron encarcelamientos, destierros, exclusiones y clausuras de periódicos. Esto se sintetizó en los distintos sucesos que desencadenaron la Guerra de los Mil Días (1899-1902), la cual permitió consolidar la hegemonía conservadora que redujo a minoría a la fracción liberal durante las tres primeras décadas del siglo xx.

Los esfuerzos hechos desde 1912 por obra de Rafael Uribe Uribe (1854-1914) tenían como meta orientar al partido hacia el liberalismo social y modernizarlo con énfasis en una fuerte intervención estatal. En el ámbito social estas aspiraciones se concentraron en el estímulo a nuevos modelos educativos que se plasmaron en la fundación del Gimnasio Moderno (1914), y la Universidad Libre (1922), y en la reapertura de la Universidad Externado de Colombia (1924).¹ Centros educativos elitistas donde se formaron los futuros cuadros del partido. De otro lado, la política liberal se interesó por los trabajadores y la consagración de los derechos laborales, que se llevó a cabo en las administraciones de Olaya Herrera (1930-1934) y López Pumarejo (1934-1938). De igual forma, el partido liberal abogó por un cambio del régimen de la propiedad territorial, unido al tema del campesinado y sus problemas, así como por la reivindicación de los derechos de la mujer.²

¹ El Gimnasio Moderno se fundó bajo la dirección de una de las principales figuras del Partido Liberal, Agustín Nieto Caballero. Tenía el propósito de ser laico y civil pero sin enfrentarse a los colegios y a las organizaciones católicas predominantes en el ámbito educativo del país. La Universidad Libre fue fundada por el caudillo liberal Benjamín Herrera, y el Externado había sido fundado por Nicolás Pinzón en 1886.

² Cf. Luis Villar Borda, “Programas y convenciones históricas del liberalismo”, *Cuadernos Americanos*, núm. 74 (1999), pp. 193-204, al igual que Otto Morales Benítez, comp., *Origen, programas y tesis del liberalismo*, Santafé de Bogotá, Lerner, 1997.

Estas orientaciones socialdemócratas no fueron unánimes dentro del propio partido lo cual se expresó en la crisis de 1946, cuando retomaron el poder los conservadores, y comenzaron las disputas en torno a la jefatura del grupo liberal en la figura del líder Jorge Eliécer Gaitán. Éste fue asesinado en 1948 y tras ello azotaron al país los terribles acontecimientos de la violencia partidista hasta fines de los años cincuenta, lo cual llevó a que el partido liberal replegara hasta el olvido sus acentos socialdemócratas y entrara a formar parte de los “pactos por arriba” de los grupos dirigentes a nivel político y económico. El llamado Frente Nacional (1957-1974), un acuerdo de alternancia en el poder entre los dos partidos predominantes —para acabar con la violencia partidista—, y los beneficios concurrentes de los proyectos modernizadores durante la “república liberal” y el Frente Nacional, con los que se beneficiaron los grupos económicos que se consolidaron en este periodo, permitieron el afianzamiento de corrientes de opinión convergentes en la orientación de las políticas neoliberales a lo largo de los años ochenta y noventa.³

Reinterpretar el pasado nacional

LA escritura de la historia, a su manera, ha reproducido la lucha ideológica. En el siglo XIX los enfrentamientos entre las obras históricas de José Antonio de Plaza (1807-1854) y José Manuel Groot (1800-1878), al igual que la reinterpretación marxista de la historia colombiana propuesta tempranamente por Arturo Vallejo en 1934, revelan muy bien el papel ideológico de la historia con miras a la reconstrucción de un pasado nacional.⁴ Por eso, la sensibi-

³ Marco Palacios sustenta la hipótesis de que la clase dirigente colombiana “desertó de su función de dirigir la sociedad para dedicarse a controlar el Estado”. Esta tesis es corroborada por el analista político Hernando Gómez Buendía cuando afirma que: “A los colombianos nos robaron la política. Nos la robaron entre los políticos, los violentos, los narcos, los gringos y los burócratas. Nos la robaron en cinco enviones. El primero fue cambiar las elecciones por la política. El segundo fue hacer violencia sin hacer política. El tercero fue llenar de crimen la política. El cuarto fue llevarse la política para el extranjero. Y el quinto fue engordar el fisco para quedarse con él”. Ambos aspectos resumen la situación a la que se vio orientada la formulación de proyectos nacionales durante la segunda mitad del siglo XX en Colombia. La afirmación de Palacios se encuentra en “Parábola del liberalismo colombiano”, *Credencial Historia*, núm. 90 (junio de 1997), p. 9. La de Gómez Buendía en “Colombia: ¿descubriremos la política?”, *Semana*, 27 de diciembre de 1999.

⁴ El papel ideológico de la historiografía en el siglo XIX en Suramérica lo estudió de manera penetrante el historiador colombiano Gennán Colmenares, en *Las convenciones contra la cultura: ensayos sobre la historiografía hispanoamericana en el siglo XIX*,

lidad social liberal de la primera mitad del siglo xx encontró una prolongación en la percepción del pasado nacional que impulsó la obra de Germán Arciniegas.

Buena parte de los trabajos de Arciniegas se distinguieron por la actualización del papel de los grupos populares en los hechos históricos. El primer intento de abordar un tema de la historia nacional se encuentra en la forma de tratar los acontecimientos sobre la revuelta en la región oriental del virreinato de la Nueva Granada a fines del siglo xviii que expuso en uno de sus primeros libros: *Los Comuneros* (1938).

Las interpretaciones sobre el pasado que se inauguran con aquel texto se amoldaban a las pretensiones políticas que tenían los gobiernos liberales a los que estuvo vinculado el talentoso escritor colombiano.⁵ El éxito de Arciniegas, unido a las interpretaciones que divulgó sobre el pasado nacional, le dieron un puesto predominante dentro del ámbito intelectual del país, y lo colocaron en el centro cultural de la “república liberal” que se instaló en el gobierno desde 1930 hasta 1946, después de casi medio siglo de dominio político del partido conservador.

Contar el pasado con amenidad

LA orientación de la historia nacional llevada a cabo por Germán Arciniegas tenía un antecedente célebre en la obra del liberal Tomás Rueda Vargas (1879-1943), quien en 1917 y 1931 puso en el dominio público de la ciudad de Bogotá una serie de reflexiones y estudios en donde quiso reivindicar “la memoria de la patria”.⁶ El

Bogotá, Tercer Mundo, 1989. A nivel nacional este problema ha sido abordado por Bernardo Tovar Zambrano, “El pensamiento historiador colombiano sobre la época colonial”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 10 (1982), pp. 5-118, el artículo de Arturo Vallejo Sánchez, “Interpretación de la historia colombiana”, *Acción Liberal*, vol. 2 (abril de 1934), pp. 609-617 y Jorge Orlando Melo, “La literatura histórica en la República”, en *Manual de literatura colombiana*, Bogotá, Procultura-Planeta, 1988, vol. II, pp. 589-663.

⁵ Arciniegas se unió en 1928 al que llegaría a ser el principal periódico del país, *El Tiempo*, fundado en 1911 y propiedad posterior del presidente liberal Eduardo Santos (1938-1942). De este periódico Arciniegas fue director, jefe de redacción, director del Suplemento Literario y columnista hasta su muerte. Desde 1929 inició su carrera diplomática como vicecónsul en Londres, después fue canciller en la Embajada de Buenos Aires y embajador en Italia (1959), Israel (1962), Venezuela (1966) y el Vaticano (1976). Además fue ministro de educación de gobiernos liberales entre 1941-1942 y 1945-1946.

⁶ Me refiero a las conferencias que dictó en octubre de 1917 sobre “La Sabana” y la publicación de sus *Visiones de historia*. Ambos textos fueron recopilados en 1976 en Tomás Rueda Vargas, *Visiones de historia y de la Sabana*, Bogotá, Instituto Colombiano

carácter nostálgico de estos trabajos buscaba la aproximación a un pasado glorioso de “rancio abolengo” —en el que sobresalía el rescate de ciertas figuras de sello colonial que campeaban aún por el paisaje rural de la meseta bogotana— y destacaba el carácter “democrático” que tuvieron algunos héroes de la Independencia nacional, que dieron un acento popular al movimiento de liberación de principios del siglo xix.

A la vez, los escritos de Arciniegas se adscribían a una tendencia inaugurada por el siglo xx, como fue la popularización del pasado a través del periódico y las revistas. Casi todos sus libros responden a la metodología de la compilación de artículos, generalmente sin señalar dónde y cuándo los había publicado. Esto significa que el lector hacia el cual estaban dirigidos inicialmente esos breves apartados era un hombre medio que buscaba la lectura rápida y amena, pero también ilustrativa. A eso se le añade el carácter masivo de estos lectores potenciales, ya que el periódico, en la primera mitad del siglo xx, para evadir el problema de la alfabetización, se reproducía en la radio. En la orientación divulgativa masiva Arciniegas tenía el antecedente de la prolífica obra de Joaquín Tamayo (1902-1941), que, como ha señalado Jorge O. Melo, tenía el interés primordial de ser ameno a la hora de abordar el pasado.⁷

El sentido popular del pasado nacional del que participaba Arciniegas y que buscaba ilustrar al “gran público” poniendo el acento en el carácter activo que tenía “el pueblo” en los “sucesos trascendentales”, tuvo también un continuador exitoso: Indalecio Liévano Aguirre (1917-1982), especialmente en la coyuntura política de los años sesenta.⁸

de Cultura, 1976 (*Biblioteca Básica Colombiana*, 4). También es célebre la recopilación *La Sabana y otros escritos del campo, de la ciudad y de sí mismo*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1977 (*Biblioteca Colombiana*, 12).

⁷ Joaquín Tamayo murió joven pero dejó una abundante obra de divulgación histórica entre la que destaca *Don Tomás Cipriano de Mosquera* (1936), *Núñez* (1939), *La revolución de 1899* (1938) y *Nuestro siglo xix* (1941). Todos estos textos fueron publicados por la revista de variedades más célebre del país, *Cromos*, la cual se ha caracterizado por su vistoso formato visual y que ha servido de testimonio fotográfico de buena parte de la historia del siglo xx colombiano, y de la que Tamayo fue director.

⁸ Liévano Aguirre formó parte del Movimiento Revolucionario Liberal, a principios de los años sesenta, que fue una de las principales disidencias del partido liberal. En ese periodo se hizo célebre una publicación semanal sobre el pasado nacional donde apelaba a la oposición “pueblo vs oligarquía” y que fue compilada en cuatro tomos con un éxito editorial llamativo, como fue el libro *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, Bogotá, Tercer Mundo, 1964. Los artículos empezaron a pu-

La imaginación irrumpe en la historia

LA diferencia, sin embargo, entre la obra histórica de Arciniegas y el tipo de conocimiento histórico que se había constituido a favor de las disputas ideológicas, es que desde muy temprano el escritor puso en entredicho la labor misma de los historiadores.

Desde 1902 el gobierno colombiano fundó la Academia Colombiana de Historia como expresión de la imparcialidad que quería sembrar en los espíritus, después de la desastrosa Guerra de los Mil Días. Además, quería fomentar el interés y el conocimiento del pasado nacional con base en criterios de exactitud y objetividad que honraran y enaltecieran “la vida y obra de los grandes hombres”.⁹ Un objetivo tan contradictorio dificultó el sentido de la cordialidad y más bien promovió una idea sesgada de los elementos que constituyen “la nación colombiana”, lo cual hizo de la Academia el organismo fundador de los abolengos de los dirigentes de grupos políticos y económicos.

En un texto breve publicado en 1940: “¿Qué haremos con la historia?”, Arciniegas se preguntaba a sí mismo: “No sé por qué soy miembro de la academia de historia de Colombia”. Esta duda encontró un sitio para expresarse más preciso y explícito, paradójicamente, al ser aceptado oficialmente como miembro de número de la susodicha academia el 11 de julio de 1946, momento para el cual escribió “La novela y la historia”.

Ambos textos develan las dudas que Arciniegas tenía sobre el conocimiento del pasado y la forma como éste se construía en el país.¹⁰ Arciniegas encontraba que en Colombia se confundía la historia con la genealogía, ya que la labor de la Academia de Historia y sus discusiones se centraban en este tipo de temáticas, en las que dejaban por fuera de “la tradición nacional” a la mayoría de la población “por no tener abuelo conocido en la guerra de

blicarse en la revista *Semana*, núm. 662 (1° de septiembre de 1959) y continuaron en *La Nueva Prensa* hasta el núm. 75 (6-12 de octubre de 1962). Ambas revistas fueron dirigidas por Alberto Zalamea, uno de los principales animadores culturales de este periodo álgido en la vida política colombiana.

⁹ Resolución Número 115 del 9 de mayo de 1902 del gobierno nacional de la República de Colombia.

¹⁰ Es importante hacer la anotación de que para Arciniegas el centro de este conocimiento era el marco de la historia positivista de la Academia. En sus reflexiones no hay ningún señalamiento sobre la historia que se escribía por fuera de este marco institucional, excepto una salida poco decorosa a mediados de los años ochenta en donde dejó en claro su postura a favor de la orientación tradicional.

emancipación”.¹¹ En este sentido señalaba Arciniegas que los académicos colombianos se habían vuelto unos especialistas en “amor a la familia”, y, sobre todo, en un ambiente caldeado por las disputas partidistas, eran incapaces de responder a la pregunta, retórica si se quiere, que se desprendía de sus elaboraciones: “¿por qué, si hemos sido tan buenos, somos ahora tan malos?”.

Ante estas cuestiones, suscitadas por una lectura crítica de la producción de la Academia, Arciniegas antepuso una convicción política. Su postura crítica encontró un nicho al poner en juego su fe en la democracia, que le llevó a extenderla a todo el proceso histórico vivido por América Latina desde la época del Descubrimiento. Para Arciniegas el sentimiento y la búsqueda de la libertad y la subsecuente democracia constituían la esencia misma de la entidad histórica que es América.

Un postulado liberal como el de la democracia le permite al afamado escritor colombiano confrontar la elaboración de una “historia nacional”, cuyo sujeto es “el pueblo”, con una “historia de las familias”, cuyo sujeto son los héroes. Es decir, que Arciniegas descubrió que “los grandes momentos” de nuestra historia continental surgen de un fondo oscuro, de un impulso apasionado y violento, de pavorosas negaciones en que se han colocado frente a frente una tradición caduca y un deseo de insurgencia.¹²

De ahí que la democracia no tenga como fundamento a las familias en las que reina “el héroe peinado” —que no es sino un hombre desnaturalizado, deshistorizado—, sino “el mundo vulgar”. Por eso, para Arciniegas era necesario darle un giro a la forma como se producían las interpretaciones del pasado:

Lo que hoy ocurre con la historia es que ella invierte los términos de la vida social. Quienes la hacen olvidándose del hombre común, de usted y de mí, para concentrar la atención en torno al héroe, a la figura que hace más farol, hacen pinturas de príncipes, reyes, generales o caudillos civiles, pero esto es superponer unas biografías a lo que en realidad es el alma de una nación.¹³

¹¹ Germán Arciniegas, “¿Qué haremos con la historia?”, en *¿Qué haremos con la historia?*, San José, s/e, 1940 (*Cuadernos del Noticiero Colombiano*, 14), p. 78.

¹² *Ibid.*, p. 79.

¹³ Germán Arciniegas, “Defensa de la historia vulgar”, en *Con América nace la nueva historia*, selección y prólogo de Juan Gustavo Cobo Borda, Bogotá, Tercer Mundo, 1991, p. 48. El artículo fue publicado originalmente en la revista *Sur*, núm. 75 (diciembre de 1940).

Afirmaciones como ésta presuponen el rescate de “la plebe, la burguesía. Los que son mayoría en la nación deben tener también su historia [...] del fondo de la cual surgen las direcciones esenciales de la vida en sociedad”.¹⁴

En este punto es donde Arciniegas cuestiona “el círculo aristocrático” en que se refugian los historiadores y propone la visión democrática del pasado, ya que al fin y al cabo la historia de América la hicieron “los nadies, que al embarcarse no tenían ni apellido” pero que ante el mundo que encontraron a su paso llegaron a ser capitanes y gobernadores o simplemente se fundieron en la construcción de lo que sería posteriormente América. Se pierde así el color de la biografía pero se gana en una historia humana, una historia que, según lo postulaba en 1940, debía ser “desde abajo”. La aspiración de la historia de reconstruir las cosas tal como fueron adquiere un matiz desconocido por sus propagadores: no construir vidas de papel sino revelar cómo vivieron “los grandes”, pero también “los humildes”.

Ante este enfrentamiento con la “historia de bronce”, como la bautizó Germán Carrera Damas, la solución que encontró Arciniegas lo desvió completamente de la forma habitual de escribirse la historia nacional. Mientras que los historiadores reunidos en torno a la Academia de Historia —sumidos al magisterio incuestionado de José Manuel Restrepo (1781-1863)— trabajaban con base en documentos, archivos y todo el modelo epistemológico del positivismo historiográfico, forjando el ideal de una nación hecha a la sombra de los héroes de la Independencia, Arciniegas señaló la importancia de tener en cuenta “a la gente sin historia” a través del recurso literario.

Si bien en las narraciones históricas el escritor colombiano no abandonó por completo el uso de los documentos,¹⁵ conocía las limitaciones de los “relatos tradicionales” de historia. Él sabía que “pocas veces la vida de todo un pueblo se retrata en la de un solo caballero a quien el azar, la audacia o la habilidad encumbran a las alturas del poder”.¹⁶

Pero la representación de “la historia vulgar” requería la ayuda de la imaginación, porque en los documentos esos “hombres

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ Así lo hizo al editar y prologar las series documentales *Colombia: itinerario y espíritu de la Independencia según los documentos principales de la revolución*, Cali, Norma, 1969, y *20 000 comuneros hacia Santa Fe*, Bogotá, Pluma, 1981.

¹⁶ “Defensa de la historia vulgar”, p. 48.

ordinarios” que tanto le atraían sólo parcialmente existían o eran nombrados. Lo que pretendía alcanzar Arciniegas era “el pueblo”, porque para él éste era el elemento constante y vivo en la historia de América y de Colombia. Al fin y al cabo, Arciniegas en varias oportunidades señaló que la tarea del historiador es averiguar hasta dónde una cosa está definitivamente muerta, hasta dónde hay algo vivo en los hechos pasados.

Ahora bien, la posibilidad de re-crear esta dimensión del pasado no debía ser una exclusividad de la historia sino que también podía ser una tarea en la que pudiera participar la literatura. Según Arciniegas, el historiador

tiene que vestir sus propias palabras con un lenguaje de credulidades, de luces fantásticas que reproduzcan en las palabras mismas aquella vida, hasta lograr, a su turno, el milagro de transportar a los lectores a una participación en las luchas de otros tiempos. Historiador y lector de historias tienen que llegar a ser contemporáneos del pasado.¹⁷

Tratar de recuperar los hechos “de la historia vulgar” que no se encuentran en los documentos deja las puertas abiertas a la ficción: “No para inventar mentira, sino para acercarse mejor a la verdad, y mirarla desnuda, descubierta. Para rehacer una vida es preciso hacer un esfuerzo de imaginación. En su puro ser material los archivos no ofrecen al hombre cosa distinta de lo que dan a la polilla”.¹⁸

De esta manera, Arciniegas apela a la consideración de la síntesis artística que elabora Alfonso Reyes, a quien cita como sustento, y en donde los elementos inventados por los cronistas, al ser simbólicos, “aprietan mejor la realidad”.

Un tema irresuelto con consecuencias nefastas

CON esta perspectiva Arciniegas borra los límites entre el esfuerzo que hace la historia y el quehacer de la ficción pura. En sus obras el lector puede ignorar fácilmente cuándo el escritor inventa o cuándo está construyendo conocimiento histórico. Esta “concepción historiográfica” convirtió a Germán Arciniegas se convir-

¹⁷ Germán Arciniegas, “La novela y la historia”, en *Con América nace la nueva historia*, p. 33. Fue el discurso de recepción como académico de número de la Academia de Historia de Colombia, el 11 de julio de 1946 publicado originalmente en *Boletín de Historia y Antigüedades*, núm. 380 (1946).

¹⁸ *Ibid.*, p. 34.

tió en un historiador sui géneris dentro del espectro cultural colombiano y latinoamericano. Pero si bien dejó a un lado el modo de trabajo de la Academia Colombiana de Historia, a la que, sin embargo, se integró y dirigió, sus consideraciones permitieron que la historia pudiera confundirse con la fábula.

Recientemente el principal filósofo colombiano, Danilo Cruz Vélez, en un texto en homenaje a Arciniegas, escrito antes de su muerte, precisaba que:

El oficio del historiador es el *historein*, como ya decían los griegos, para indicar que la historia es un narrar, pero después de explorar lo realmente acontecido, doble sentido que está implícito en dicho verbo griego. Así contraponían la historia al *mythos*, una forma de la narración en que predomina la invención. Arciniegas no parece haber tomado muy en serio dicha distinción de los griegos. En cambio, recordando la palabra inglesa *story*, que significa al mismo tiempo historia y fábula, identifica la tarea del historiador con la del novelista.¹⁹

Arciniegas impuso un estilo cuyo interés era la divulgación. La herramienta principal de este estilo fue la anécdota, con base en la cual pretendía ratificar su convencimiento de que en América Latina “el pueblo”, “resultó demócrata porque de hecho todos eran gentes del común, del mismo barro o de la misma carne”.

Con estos puntos de partida acerca de la forma como debe escribirse y construirse el conocimiento del pasado nacional, en Colombia se impuso por mucho tiempo el triunfo de la anécdota sobre el rigor y el *best seller* sobre la obra histórica. Cuestión nada desdeñable si se tiene en cuenta que todavía pervive la idea de que los procesos históricos son mejor comprendidos por la literatura.

Los textos del escritor bogotano fueron ubicados dentro del marco de la historiografía sin serlo. Arciniegas no escribió historia, en el sentido como se construye el conocimiento histórico, pero los temas que abordó y sus elaboraciones propusieron una visión novedosa del pasado y de la sociedad nacional. Con ella proporcionó perspectivas insospechadas por la historia académica y por los intentos marginales de los divulgadores de entonces, a los que caracterizaba un estilo brillante que ensalzaba la crítica independientemente del tema que abordaban.

¹⁹ Danilo Cruz Vélez, “El caso Arciniegas: de América y otras cosas”, *Lecturas Dominicales de El Tiempo* (Santafé de Bogotá), 12 de diciembre de 1999.

Los relatos que suponían la esencia democrática de la sociedad colombiana y la versión de la historia que promovieron otros divulgadores liberales de la historia nacional como Tomás Rueda Vargas, Joaquín Tamayo y Germán Arciniegas, al final, trivializaron el conocimiento histórico porque mantuvieron a la historia dentro del marco de su irrelevancia para la idea de la unificación de un proyecto nacional. Los temas genealógicos fueron matizados por las trivialidades; es decir, estos “historiadores amenos” pretendieron que “la historia vulgar”, que denota un prejuicio hacia “el pueblo” que ambicionaban rescatar, debía hacerse sólo con anécdotas, precisando detalles dentro de los relatos tradicionales, preocupándose por el lenguaje más que ocuparse con procesos, dejando así el hueso de la historia suspendido por los acontecimientos relatados.

Esta óptica del oficio de historiador sostuvo el carácter conservador de la sociedad colombiana promovido por las élites políticas y económicas y neutralizaron el poder crítico que contiene la historia para comprender a la sociedad y sus procesos.²⁰ Ello facilitó el uso de la historia dentro de las contiendas políticas, tan agudas en el transcurso del siglo xx colombiano, tal y como se había dado en el siglo xix. Así lo puso en juego la labor periodística del político conservador Laureano Gómez (1889-1965).

En suma, la historia de la Academia y de los divulgadores a la manera de Arciniegas, Tamayo y Rueda Vargas, representó la construcción de una mitología, a la vez elegante y popular, que invalidaba la oportunidad de reflexionar sobre las posibilidades de desarrollo de la sociedad colombiana y se encasillaba exclusivamente en su carácter ideológico compartido por quienes hicieron de ellas los baluartes de la autorrepresentación de la nación colombiana en el tiempo.

²⁰ A pesar de que no comparto totalmente las tesis de Rafael Gutiérrez Girardot, en este punto lo sigo completamente. Esta apreciación se encuentra en “La literatura colombiana en el siglo xx”, en *Manual de historia de Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1979, vol. III, pp. 447-536. Estas afirmaciones ponen en entredicho la suposición “retórica”, que se ha hecho circular recientemente, acerca de que los historiadores profesionales colombianos “temblaban” con las tesis propuestas por Arciniegas y “repudiaron” la “humanización pintoresca” a que sometió los personajes de los que se ocupaba. como lo sostiene el principal publicista de la obra del escritor bogotano, Juan Gustavo Cobo Borda.